



Ensíllame a Clavileño

Nunca se pierde el tiempo cuando estamos a solas con un libro; si algo perdemos, es la ignorancia. No conozco ningún objeto más vivo y espléndido. De hecho, algunos alcanzaron la inmortalidad y todos son liberales, desprendidos. Sobre lo primero, versifica Unamuno: Leer, leer, leer; vivir la vida/ que otros soñaron;/ leer, leer, leer; el alma olvida/ las cosas que pasaron;/ se queda en las que quedan, las ficciones,/ las flores de la pluma,/ las solas, las humanas creaciones,/ el poso de la espuma... De lo segundo, digo que no existe cosa que ofrezca tantas prestaciones como un libro, ese cuerno rectangular de la abundancia. A su lado, la lámpara de Aladino resulta tacaña porque ¿cuántos deseos no será capaz de concedernos un libro si lo frotamos con la mirada y lo abrimos para dejarnos llevar por los ríos de su tinta?

Creo que todos los libros son el mismo libro pues sus temas se resumen en uno solo: la vida como viaje. Así lo entendió Homero. Los libros tienen forma de maleta. Yo, como cualquier lector, he recibido un pasaporte que me permite viajar con incontables maletas que tienen figura de libro. Doy fe de haber surcado los mares con Odiseo o con Gulliver y espiado el horizonte junto a las gavieras de Aurora Luque; alzo la voz con la Antígona de Zambrano o con una vikinga llamada Isabel Pérez Montalbán y llegué a la Baeza de Machado, la Argónida de Bonald, la Bleturge de Bono; llevo tatuado en el pecho un endecasílabo de Francisco Bejarano: No es posible vivir sin lamentarlo... Quienes leemos, estamos habilitados para dar la vuelta al mundo cuantas veces queramos y para enamorarnos perdidamente de un personaje, como le sucedió a Vargas Llosa con Madame Bovary, o de un poema, como me sucede a mí de tarde en tarde. Así, con este otro de don Miguel: Ensíllame a Clavileño,/ tierna sombra de Cervantes;/ voy a buscar los gigantes/ de las ínsulas del sueño... Pablo Aranda, gracias a sus historias sobre Fede, ensilló a Clavileño para que mi hija volara por los cielos de la literatura. El día que Pablo dejó su vida a medio escribir, Amélie extrajo de su biblioteca De viaje por el mundo, firmado por el niño risueño que era Pablo, y se llegó a mi tristeza diciéndome: -Papá, vamos a leerlo juntos. Fue la mejor manera de seguir al lado de nuestro amigo. Porque otra de las portentosas prestaciones de los libros es ser bálsamo para las dolencias del espíritu.

Pero haced las maletas: vamos a viajar a la Málaga de 1925, cuando dos jóvenes poetas, Emilio Prados (autor andaluz del año en 2021) y Manuel Altolaguirre abren una imprenta por la que pasarán, en persona o en libro, Juan Ramón, Federico, Rafael, Luis, Vicente, Jorge, José María y hasta Jacinta, la pelirroja... Una imprenta que tenía forma de barco y olía a papel, a tinta de mar, a madera de Clavileño, a aire donde flota un no sé qué que queda balbuciendo, y de la que zarpó la revista Litoral, añadiendo más belleza aun a la poesía de su generación. No lejos de allí, en las playas de El Palo, Emilio, corazón liberal como el de los libros, enseña a leer a la desharrapada chiquillería de los marengos, brindándoles la oportunidad de que un día ensillen a Clavileño para cabalgar con Don Quijote y Sancho Panza y ver, abrazados y vendados los ojos, la luz de los sueños verdaderos. En el Día del libro, pido a cuantos componemos la hermandad de la lectura que nos esforcemos, como Prados, en dar a la infancia de hoy la posibilidad de que mañana diga con Pablo García Baena: Si yo fuera mayor,/ lo cual parece casi imposible,/ (... quisiera) bajo el árbol de la vida/ sentarme a leer un libro hermoso,/ ya leído.

José Antonio Mesa Toré
Poeta y director del Centro Cultural Generación del 27